

Una nota dentro de otra nota



Ángel Isaac Tapia Morales
Lingüística y literatura hispánica
angel.tapiam@alumno.buap.mx

El nombre de la princesa Lúamich es uno que viene en cada libro de historia, uno que cada estudiante conoce, al grado que se ha vuelto casi un sinónimo de la palabra princesa. Pensarán, pues, que la muchacha debió ser alguien de suma importancia, que sus hazañas extraordinarias cambiaron el curso de la historia, que su palabra sacudió la tierra y movió montañas, pero no es así, pues la princesa Lúamich no es más que una nota dentro de otra nota.

La verdad es que Lúamich jamás tuvo intenciones de ser la causa de los eventos que ocurrieron a su alrededor, pues nunca fue una niña a la que le gustara llamar la atención. Por eso, y por el hecho de que era la más chica de entre todos sus hermanos fue que los presentes quedaron sorprendidos cuando aquel aristócrata de horribles modales y una voz áspera le pidió al padre de la pequeña su mano en matrimonio, cosa a la que el rey se negó rotundamente, pues sabía que el hombre no era alguien apto para casarse con su hijita, lo cual le recalcó al ordenarle que no volviera a mostrar su rostro en su palacio hasta que fuera digno de casarse con ella.

Claro que, los libros de historia no cuentan esa parte; estos cuentan del cómo el arrogante rey y la engreída princesa se rehusaron a darle una oportunidad al héroe de obtener su mano aunque él estaba enamorado de ella, no hasta que el pobre guerrero encontrara

una hermosa flor blanca que sólo crecía en las más altas cumbres de las montañas de la isla de Suduya durante la primavera antes de que el invierno terminara, así que el guerrero se puso en camino y enfrentó muchas desgracias en su aventura para hallar la flor imposible.

Para Lúamich nunca hubo tal flor, sólo gritos y amenazas y una promesa de que de algún modo u otro se terminaría casando con su hija. Usando éste aparente insulto como motivo, el hombre zarpó a las islas contiguas para reunir tantos hombres como pudiera, aprovechando la ambición de otros ojos que miraban con hambre y avaricia las fértiles tierras de Suduya, avivando así el fuego de conquista que se había formado en los corazones de sus seguidores mientras que Lúamich, el rey y su familia sintieron un creciente terror a un cercano porvenir.

Pero los textos que tenemos hoy no hablan de aquel pánico, narran la valerosa aventura en la que se embarcó el guerrero para conseguir la flor, su astucia e inteligencia al superar cada obstáculo que la travesía le puso en frente, cada dolor y cada penuria que sufrió antes de finalmente llegar a la cima espolvoreada de nieve de la montaña más alta de la isla, la flor que el rey le ordenó hallar para así finalmente tomar la mano de la princesa en matrimonio. Todos conocen esa historia, pero incluso para los libros académicos, es poco más que una leyenda, un mito de relevancia cultural en el que el nombre de la princesa es mencionado sólo una vez.

Los barcos que se acercaron a la bahía que Lúamich podía ver desde su habitación, sin embargo, no eran ningún mito, no eran ninguna leyenda que podía leer en la comodidad de su sala, o en una biblioteca, o en la escuela, o en una sala de espera mientras aguardaba una cita con el médico. Para ella, esos barcos eran el fin del mundo, de su vida como la conocía, heraldos de una ira que ella causó sin la más mínima intención de hacerlo, pues no era más que una niña.

No hay mención de las lágrimas que fueron lloradas esa noche en los libros de historia, los libros de historia ni siquiera están seguros de que la princesa haya sido real, ellos sólo hablan de la triunfante bienvenida que recibió el pobre guerrero al regresar al palacio, pues había demostrado ser un héroe digno de la riqueza y la nobleza que obtendría con casarse con la bella princesa, quien con gran cariño y amor lo recibió en sus brazos, consciente del gran valor que tenía su nuevo esposo por ser tan humilde y aventurero.

Lúamich sí estuvo en los brazos de ese hombre, gritando, llorando, haciendo el intento por alejar la mirada del fuego que envolvía el palacio, su hogar, y a las muchas casas de personas que se negaron a aceptar la autoridad que el aristócrata ahora clamaba tener sobre la isla que para la princesa era todo el mundo, pero que para él no era más que un trofeo, al igual que ella. Para Lúamich, los sollozos lentos y silenciosos que salían de su garganta mientras el hombre que arruinó su vida tomó el cetro florido de su padre y se nombró el nuevo rey de Suduya eran reales, tanto como cualquier dolor que ustedes han sentido en su vida.

Pero los libros de historia no hablan de sus gritos ni su llanto, pues los libros de historia no están seguros de que Lúamich existió en primer lugar, para ellos sólo es importante el hombre con el que se casó, para ellos, la pequeña Lúamich no es más que una adición a un glosario, un nombre añadido a otro de mayor importancia, la esposa de uno de los grandes hombres de la historia, y madre de otros grandes hombres que siguieron el ejemplo de su heroico padre.

Lúamich sí existió, yo creo que sí. Cada sonrisa, cada acto de bondad y cada regalo dado o recibido; cada dolor, cada lágrima, cada grito y cada tristeza que la princesa alguna vez vivió fue tan real como las palabras frente a ustedes, su vida era lo único que ella tenía, pues nuestra vida es en verdad todo lo que tenemos desde el día en que nacemos hasta el día en que fallecemos. Aun así, para la extensa historia del mundo, la princesa Lúamich de Suduya es poco más que una nota dentro de otra nota. ●

